



Anne

CAPÍTULO 2.

No puedo dejar de observar lo incómodo que se ve Henry ante el evidente malestar de su novia estilo Barbie. Parece arrogante y pretencioso. Realmente no es mi tipo.

Sin embargo, tengo ojos.

—¿Acabas de llegar aquí? —pregunta Barbie, enseñando otra sonrisa de fantasía. Encaja bien, ya que toda esta mansión parece salida de un cuento de hadas.

—Oh, bueno, ya se han presentado —dice la señora Tudor en un tono arrullador antes de que pueda lanzar una respuesta sarcástica. Baja su máscara forrada de rubíes y coloca una mano en el antebrazo de su hijo—. Ven, Henry. El señor Harris ha traído los planos para el nuevo centro. Seguramente querrás echarles un vistazo —se inclina hacia delante y añade para mí—: Tu padre es tan talentoso.

—Padrastra —la corrijo.

Su sonrisa se tambalea apenas un segundo.

—Por supuesto. Mis disculpas. Es que estamos tan emocionados

de tener al arquitecto más célebre del país aquí en nuestra gala –responde. Resisto el impulso de poner los ojos en blanco.

La señora Tudor se aleja con su hijo, la cabeza inclinada hacia su oído en un susurro. Me dejan atrás, así que no capto todas las palabras (algo acerca de que mi madre trabajaba de camarera), pero puedo leer entre líneas.

Perra.

Henry le da la mano a mi padrastro.

–He visto su trabajo preliminar, señor –dice, todo bonito y efusivo–. Es impresionante. Desearía poder actuar yo mismo en ese escenario. Me interesa mucho el teatro antiguo.

Mi piel arde un poco al escuchar tantas bobadas y estudio la silueta de Henry, la forma en que su traje exhibe su pecho amplio y sus piernas esbeltas. Sin lugar a dudas, el tipo tiene un bonito trasero. Pero ¿será un buen actor? No lo creo.

–El arte es una habilidad que debe practicarse –responde mi padrastro, y esta vez sí pongo los ojos en blanco–. ¿Cuáles son tus planes para el año próximo? Nos vendría bien la ayuda de alguien con experiencia cuando las cosas ya estén en marcha.

–Henry ha solicitado el ingreso a la Universidad de Harvard –dice la señora Tudor, un poco demasiado rápido.

Mi madre aparece desde un costado, su sonrisa de aprobación toda reluciente.

–¿Tenemos un futuro hombre de negocios?

–Él será senador algún día –explica la señora Tudor. Ahora está en su elemento, obviamente muy versada en su rol de animadora política–. Mi difunto marido transmitió su visión a sus hijos. Henry ya ha comenzado su carrera.

–Interesante –digo, aunque estoy más aburrida que el carajo–. Y qué, ¿estás en el Consejo de Estudiantes, o algo?

Henry se endereza, orgulloso, listo para impresionar, el pecho hinchado como si hubiera acabado con la pobreza en el mundo.

–De hecho, soy el presidente. ¿Tienes alguna pregunta para el consejo?

La malicia tira de las comisuras de mis labios.

–He oído que no puedo estacionar mi motocicleta en el predio escolar. ¿Tienes miedo de que choque tu precioso Jaguar?

Los ojos de Henry centellean.

–Audi.

–Es suficiente, Anne –gruñe mi padrastro.

–Estoy segura de que estarás de acuerdo con la regla en cuanto veas los terrenos de la escuela, querida –dice la señora Tudor–. Son bastante impresionantes.

Le echa una mirada a Barbie, que añade:

–Tienes una gran vista del lago Washington desde casi todas las aulas. Es un hermoso lugar para el baile de graduación. ¿Estás en cuarto año, Anne?

–Tercero –le respondo. Como si a ella le importara.

–Perfecto. Vas a tener dos años para acostumbrarte al lugar antes de graduarte –me lanza una sonrisa tímida, cargada de una burla tan sutil que nadie más lo nota–. Tal vez, incluso te enamores. Y encuentres a tu propio príncipe azul.

Casi río en voz alta.

–Perdóname si soy presumido –dice mi padrastro, ajeno a la tensión y al mensaje que me ha enviado Barbie. Coloca

su brazo sobre mi hombro y me pongo tensa—. Realmente quiero que Anne y su madre se sientan cómodas aquí. ¿Podrías acompañarla a dar un recorrido por la escuela? ¿Tal vez recogerla mañana, que es su primer día, y mostrarle el lugar?

Se me revuelven las tripas. ¿Está bromeando?

—Oh, no puedo —Barbie presiona su mano contra el pecho—. Quiero decir, me encantaría, por supuesto. Pero tengo entrenamiento de porristas mañana —parece recuperar la compostura, como si hubiera esquivado una flecha difícil—. Soy la capitana del equipo.

Por supuesto.

Hay un compás de silencio incómodo, una ligera vacilación en el tiempo, y entonces...

—Yo lo haré —la nuez de Adán de Henry sube y baja—. Dame tu dirección. Te recogeré a las siete.

Mi estómago se aprieta como si me hubieran dado una patada, y el frío en la mirada de Barbie es suficiente para helarme la piel.

—¿No tienes práctica de fútbol, Henry? —pregunta entre dientes. Y agrega para mí en un susurro—: Es el mariscal de campo.

Es todo un gran cliché.

—En la tarde —responde él.

Considerando el tono despectivo de su voz, no estoy segura de que esté con ganas de jugar al guía turístico mañana, pero mantengo la boca cerrada. Francamente, me sorprende que estén sirviendo alcohol a menores de edad, aunque sea solo champán. Quizá Medina no es tan remilgada como creí.

Mi padrastro le da unas palmaditas a Henry en el brazo, mi

madre murmura una especie de agradecimiento, y mientras se deslizan hacia las bromas fáciles sobre los Seahawks y la política, mi doloroso silencio se extiende hacia la eternidad.

—Debemos volver con nuestros amigos —dice Barbie. Pasa su mano enguantada sobre el brazo de Henry y lo lleva lejos de mí, aferrándose a su romance de cuento de hadas.

Sí, yo también creí en eso una vez.

Mi madre se muestra agradable con la señora Tudor, inclinando la cabeza para susurrar y hacer cumplidos, para contar cuentos chinos. Es como si creyera que ya pertenece aquí, que encaja a la perfección. Y no es así.

Ninguna de las dos encajamos.

Mi nuevo mundo está grabado en diamantes y sellado en oro, se ahoga en toda esta afectación. Con cada insignificante hora que paso aquí, mi terrible pasado se desdibuja y se borra.

Desaparece.

Con un poco de suerte, pronto no voy a recordarlo en absoluto.

Un hilo de resentimiento se enrolla alrededor de mi cuello. Thomas puede habernos salvado de la pobreza y la vergüenza, pero el rescate viene con ciertas expectativas. ¿Cómo se supone que vaya a mezclarme con todo... esto?

Un camarero enmascarado me alcanza una copa de champán. Tomo un sorbo, lo paladeo con la lengua. Trago. Repito. Mataría por algo más fuerte.

—Voy a estar en el buffet si alguien me necesita —digo, con los ojos en el volcán que eructa lava de chocolate.

Antes de que pueda escapar, la señora Tudor comenta:

—Tu madre me dice que has tenido un pasado difícil. Es una pena que Henry y Catherine no se tomaran el tiempo para presentarte a algunos de sus amigos —sus ojos brillan con la ilusión de la sinceridad. Toma nota de mi vestido, la curva que se eleva desde mi escote bajo—. No dudes en mezclarte con la gente. Estoy segura de que no será un problema para ti.

Vete a la mierda.

Termino la bebida de un trago, pero el nudo de disgusto en mi garganta no se mueve. Crece y se hincha, me desafía a decir algo para defenderme.

Thomas ha dejado en claro que esta fiesta, estas personas, son importantes.

Me alejo de la señora Tudor, mi madre y la sofocante expectativa de montar un buen espectáculo.

Cuatro chicos como de mi edad están en el extremo de la mesa del comedor; ríen, hablan y elevan sus copas en medio de una alegría ruidosa. Considero saludar, pasar rápido el momento incómodo (nunca he sido muy buena para las presentaciones). Pero la voz de la señora Tudor resuena en mi cabeza y me hace vacilar. Jalo hacia arriba la parte superior de mi vestido, cubro un poco de piel, me tapo el escote y voy detrás de la fuente de chocolate, fuera de la vista de todo el mundo. Una repentina inseguridad hunde sus dientes en mí, viciosa y mordaz.

¿Por qué demonios estoy dejando que esta gente me afecte?

Una voz masculina se eleva por encima del ruido blanco de la charla, suena desagradable, tal vez ebrio.

—Ey, John, ¿ya viste a la chica nueva?

¿Están hablando de mí? Miro alrededor de la fuente. Otra voz, suena menos desagradable, menos ebrio:

—He oído que su madre está en pareja con el arquitecto.

—Solo otra caza fortunas, entonces.

El golpe en mi pecho se vuelve un dolor sordo. Mis oídos arden por la ansiedad. Los escucho desde el extremo de la mesa; probablemente toda la sala los oiga.

—Parece de armas tomar —comenta otro, y me pregunto si será John.

—Suena perfecto. A John le encantan las rompe pelotas.

Me quedo sin aire. Debería alejarme, irme bien lejos.

—En serio, idiotas, obviamente no saben una mierda de mí —dice el tipo, y estoy segura de que es John. Echo un vistazo. Su cuerpo musculoso y sus pómulos afilados parecen arrancados de las páginas de una revista. Hombros anchos, torso desarrollado, piernas fuertes. Es probable que sea un deportista; luce como un deportista.

Me agradan tan poco los deportistas.

—Vamos, ¿no le darías unas nalgaditas?

La inquietud recorre cada centímetro de mi cuerpo. Observo la multitud glamorosa más allá de la fuente y parpadeo varias veces.

John se burla. Y de repente, ya no es atractivo en absoluto, más de tabloide de mala calidad que de la revista GQ.

—Parece una zorra —dice—. Me gusta que haya algo más de desafío, ¿sabes?

Un coro de risas, y luego el chico desagradable añade:

—Te apuesto mi Porsche a que no puedes acostarte con ella antes del día de Acción de Gracias.

Oigo el eco de voces, sus palabras. La vergüenza se vuelve algo más peligroso. La humillación se esparce por mi cuello.

BASTA.

Cierro los ojos y la mueca de la señora Tudor llena la oscuridad. *No dudes en mezclarte con la gente. Estoy segura de que no será un problema para ti.* Vete a la mierda. También John. Que se vayan todos a la mierda con su modo pretencioso de juzgarme. No voy a dejar que estas personas me controlen, ni tampoco mi pasado ni mi sentimiento de culpa. Y antes de que pueda pensarlo dos veces o evaluar las consecuencias, avanzo contoneándome hacia ellos cuatro, hacia John, con una fresa bañada en chocolate en la mano.

La sala se desvanece a mi alrededor, todo su brillo resplandeciente simplemente desaparece. Solo estoy yo...

Y ellos.

Los chicos, asombrados y boquiabiertos, callan cuando me acerco. No los culpo, también yo me siento asombrada por mi audacia. Pero estar al mando tiene algo que me hace sentir *viva*.

Le doy un mordisco a la fresa, así los jugos mojan mi boca seca y calman la picazón de mi garganta. Mi mirada se fija en John y muerdo, chupo, mastico y trago.

El rostro de John palidece, se vuelve tan blanco que puedo ver dentro él, *a través de él*. Y a pesar de que no debería, me gusta. La atención, la forma en que John me mira, como si me deseara.

—Impresionante —digo, hablando de modo vago a propósito. John se frota una mano por detrás del cuello.

—Sí, la madre de Henry sin dudas sabe cómo organizar una fiesta —hace una breve pausa, y luego añade—: Debes ser la chica nueva.

–Tu poder de deducción me sorprende –digo.

Suena un “Ohhhh” de boca de sus amigos. Lo miro con los ojos bien abiertos.

John se tambalea un poco, pero se recupera rápido (definitivamente es un deportista; y *odio* a los deportistas) e infla el pecho para dar el primer paso. Va a caer justo en mis manos.

Me lanza una mueca de lobo, como si fuera un profesional en estas cosas.

–Pareces de las que buscan problemas –comenta.

Echo la cabeza hacia atrás y río, una de esas ridículas risotadas de muñeca boba, del tipo que me enferma, que me hace perder un poco la fe en las mujeres.

–Culpable –digo, con un encogimiento de hombros, y luego me acerco a él y me inclino. Mis labios se ciernen sobre el cuello de John, haciendo que su vello se erice. La energía que irradia de su cuerpo me hace hormiguitar la boca-. ¿Quieres que busquemos algún problema juntos? –pregunto en un ronroneo que me suena extraño, como si no fuera mi propia voz.

Me echo hacia atrás y observo el rostro de John. Su mirada va de mis ojos a mis labios, dudando de si digo la verdad o miento. Se queda en mi boca. Asomo apenas la lengua. Los segundos pasan a cámara lenta. No muevo, siquiera

un
maldito
músculo.

–Tienes, eh, un poco de chocolate en la comisura de la boca –comenta. Ahora está coqueteando, mostrando cómo puede manipularme, cómo le va resultan tan *fácil* acostarse conmigo.

Exhalo lentamente, una señal silenciosa para que haga el próximo movimiento.

Vamos.

Los ojos de John parecen confusos, sin brillo. Su rostro se ve ceniciento, casi gris de deseo...

Se inclina hacia delante. Se humedece los labios. Se acerca tanto que puedo oler el alcohol en su aliento.

—Parece sabroso —comenta.

Mi respuesta es otro suave ronroneo. Una invitación.

El rostro de John se cierne sobre el mío, invadiendo mi espacio. Hago un enorme esfuerzo para controlar los músculos, para evitar que mis labios se contraigan en una suave sonrisa.

—Quiero limpiarte la boca con mi lengua —dice, con voz sexy. O que intenta serlo.

Ahora, sus labios están casi sobre los míos, parcialmente abiertos. Se inclina más, acercándose a su premio.

Me quito el chocolate con un dedo y lo chupo. Cuando me echo hacia atrás, el espacio entre nosotros crece.

—Mmmm... divino.

La expresión de John tambalea, pero él no se rinde.

—¿Te gusta el dulce? Aquí estoy, nena.

Lanzo una risa como un ladrido.

—Ni aunque fueras el último idiota del planeta.

Esta vez lo he sorprendido.

El calor sube por su cuello. Su rostro está completamente enrojecido, y sé —sin lugar a dudas— que se siente humillado, avergonzado.

Y furioso.

Mierda, sí que está furioso.

Me vuelvo sobre los talones y paso junto a sus estupefactos amigos; me alejo entre la multitud. Estoy concentrada, al mando, me siento hasta un poquito mareada cuando levanto la vista.

Y mi corazón trepa hasta la garganta.

Henry está junto al pasamanos del segundo piso, con su mirada fija en la escena, en todo lo que acaba de ocurrir. Un escalofrío recorre mi columna.

Nuestros ojos se conectan.

Y justo cuando creo que he cometido un error, y me pregunto si he metido terriblemente la pata, si he sellado mi destino en esta ciudad, Henry levanta la copa de champán en señal de saludo.